

Problemática actual en torno a los contenidos de la catequesis

JOSÉ-RAMÓN GUERRI

INTRODUCCION

Es un hecho comúnmente aceptado que el problema fundamental que tiene la catequesis de nuestros días no es de forma o de método, sino de contenido. A este problema está unido otro no menos importante: la síntesis personal de fe que debe poseer todo catequista. Sin esta síntesis personal, que se realiza en el centro de la persona y en la que intervienen elementos afectivos y racionales, se puede ofrecer una visión coherente del mensaje cristiano. Entonces ocurre que el catequizando no retiene más que una enumeración de dogmas y preceptos morales, de promesas y amenazas, ritos y costumbres, de obligaciones y deberes impuestos.

Si la importancia de los contenidos de la catequesis es evidente, no lo es menos la precisión y jerarquización de los mismos. A partir de la reforma protestante la fe quedó definida por sus contenidos, y todo el quehacer de la catequesis se ha centrado en transmitir con la máxima precisión la formulación objetiva de las verdades de la fe, desatendiendo a su significación salvífica para el hombre creyente. Un conjunto de circunstancias sociales ha hecho variar la perspectiva con que debemos afrontar hoy el problema de los contenidos de la catequesis. Veamos someramente algunas de estas circunstancias:

1. El hombre moderno, debido a diversas causas, entre las que tiene gran importancia el influjo de la imagen, tiende a eliminar un tipo de inteligencia reflexiva y sistemática en beneficio de una inteligencia globalizada (donde la visión global priva sobre la precisión lógica y el análisis), organizadora (donde frente a la deducción y a la sistematización interesa la conexión y organización a fin de establecer lazos de relación y participación), intuitiva y simbólica (donde el hombre trata de descubrir el sentido y orientación de lo que ve y oye por medio de símbolos). Los nuevos modelos

de inteligencia tienen que cuestionar por fuerza los mismos contenidos de la catequesis.

2. En otras épocas el cristianismo imponía al hombre una cosmovisión concreta que decía emanar de la misma revelación. Se trataba de una cosmovisión supranaturalista y con una fuerte impronta platónica. Hoy, por el contrario, no existe una instancia jerárquica con autoridad suficiente capaz de imponer una cosmovisión determinada como más compatible con la fe. Antes la fe abocaba irremisiblemente a una opción política. Hoy los creyentes viven su fe a partir de visiones e interpretaciones radicalmente distintas de la vida social, lo que aflora en opciones políticas plurales.

3. Hoy el cristiano no ve aceptadas sus creencias por la mayoría de los conciudadanos, como lo fueron en otros momentos de la historia. En nuestros días constituyen una minoría aquellos para los que lo sobrenatural es una realidad con sentido. Peter Berger los denomina "minoría cognitiva" (1), en cuanto que los valores y prioridades que sustentan difieren notablemente de los que la sociedad juzga como válidos. El cristiano, cada vez más acusadamente, posee unos conocimientos y valores no sancionados socialmente por la mayoría y esto le puede llevar a una actitud defensiva, de duda y de *ghetto*, privando al conjunto de sus verdades de un soporte social.

BERGER: *Rumor de les* (Barcelona, 1975),

I. EL PROBLEMA DE LAS DISFUNCIONALIDADES

Una de las dificultades con la que se han de enfrentar los que realizan tareas pastorales es la disfuncionalidad o conflicto que surge continuamente entre el funcionamiento concreto del fenómeno religioso y sus pretensiones teóricas.

Este conflicto afecta a diversos e importantes niveles: por ejemplo, a nivel del lenguaje (con la misma palabra "Dios" se designan realidades opuestas) o a nivel del símbolo (al sacramento se le hace simbolizar frecuentemente lo que no puede significar). Estas y otras disfuncionalidades, que engendran no pasajeras crisis, cuestionan la misma teoría teológica que las fundamenta. Por otra parte, cualquier nueva interpretación realizada desde el ámbito de la disfuncionalidad tenderá a perpetuar y radicalizar sus mismos presupuestos.

Si bien las posibilidades de disfuncionalidad son múltiples vamos a ceñirnos a tres de ellas por su evidente influencia en el tema de los contenidos de la catequesis.

1. *Disfuncionalidad Doctrina-Fe*

Es evidente que existe un gran abismo entre aquello que la iglesia afirma como contenido ortodoxo de la fe y constituye el objeto permanente de su enseñanza, y aquello otro que de hecho la gente cree. Si analizamos lo que el creyente normal cree podremos comprobar que lo secundario, lo marginal y lo periférico de los contenidos de la fe ha desplazado a aquello que el magisterio y la teología han tenido siempre por lo nuclear o han considerado como verdades centrales y fundamentales de la fe cristiana.

Así, a título de ejemplo, ¿es para el creyente normal o medio el misterio de la trinidad el “misterio fundamental y originario” de la fe cristiana?, ¿tiene esta verdad alguna relevancia y significación para el creyente?, ¿realmente es la resurrección de Jesús pie angular de la fe? No creemos exagerar si decimos que las preocupaciones del creyente medio de nuestros días andan por otros derteros. Buscando las causas de tal divorcio no es aventurado afirmar que al hombre de hoy no le interesa tanto una formulación esencialista de la fe en categorías metafísicas, cuanto la significación de esa fe para su vida.

En el A. T. existen auténticas confesiones de fe con un contenido concreto. Este contenido no está formado a base de afirmaciones teóricas, sino que sus sucesivas capas están estructuradas a partir de las experiencias que Israel ha ido teniendo de la acción de Dios en su historia. Las fórmulas del Credo histórico de Israel, recordadas en Dt 26, 1-11; 6, 20-24 y Jos 24, 2b-13, enumeran los momentos estelares de la vida de Israel, donde el creyente descubre la presencia de la acción divina; resumen una historia, no unas ideas; actualizan esa historia en la conciencia y el comportamiento del creyente.

De igual modo, cuando Jesús habla de Dios no lo hace por medio de fórmulas abstractas ni de definiciones doctrinales, sino a partir de las experiencias cotidianas de los hombres. Jesús no habla acerca de Dios, sino que hace experimentar a Dios. Para él lo principal no es la palabra Dios, sino los acontecimientos que hacen presente al hombre la realidad que llamamos “Dios”. Dios se hace presente al hombre a través de acontecimientos o, mejor dicho, se revela al hombre en la mediación de los acontecimientos. Hombre creyente es el que está sensibilizado para descubrir los “acontecimientos” de Dios en la historia.

La primera comunidad cristiana confiesa la autocomunicación de Dios en la historia concreta de Jesús de Nazaret, el cual, con sus palabras y acciones, ha revelado a los hombres el genuino rostro

Dios. Este acontecimiento central del N. T.: Dios, interviniendo en la historia de Jesús, está engarzado con las anteriores intervenciones de Dios en el mundo. Posteriormente, cuando la comunidad creyente elabora el Símbolo Apostólico como compendio de su fe, tratará de subrayar cómo Dios se ha manifestado en la historia de los hombres y actualmente permanece en ellos por el Espíritu. En definitiva, todo esto nos confirma que la fe no tiene nada que ver con teorías y doctrinas, sino que es la aceptación de la salvación que sale al encuentro del hombre en unos acontecimientos.

¿Qué ha ocurrido para que esta concepción vital, unitaria y salvadora de la fe haya explotado en un conjunto de dogmas y verdades?

El creyente, primero sentía firmemente articulada su existencia por una fe que le daba sentido y consistencia, que le “amarraba” fuertemente a una vida con sentido. Posteriormente, el contenido de esa fe se ha deshilachado en mil flecos inconexos que se han concretizado en ortodoxias verbales y formales.

W. Kasper ha analizado con precisión el fenómeno que venimos señalando: “La imagen de la iglesia en la edad moderna quedó muy marcada por rasgos y características secundarias y terciarias de su doctrina. La defensa del protestantismo acentuó sobremanera las verdades contrarreformatorias. Esto condujo a una acentuación excesiva de las verdades que conciernen a los medios de salvación (iglesia, sacramentos, ministerio), frente a las verdades cristológicas y soteriológicas, que son las verdades salvíficas propiamente hablando. Durante el pasado siglo y en el actual han aparecido más encíclicas sobre cuestiones mariológicas que sobre cristología o sobre ateísmo moderno. Tales perturbaciones del equilibrio son un signo palpable de que el corazón y el aparato circulatorio ya no funcionan bien. Esta insistencia unilateral en la tordoxia verbal y formal tiene también su culpa de cara a la crisis actual de la fe, a la incapacidad progresiva de la fe para llegar a los hombres contemporáneos” (2).

KASPER: *Introducción a la fe* (Salamanca, 1979), p. 119.

Los efectos de esta pérdida del equilibrio en el contenido de la fe son los que todos conocen: supervaloración y exceso de protagonismo de devociones y espiritualidades centradas en aspectos periféricos de la fe, que distraen la atención del creyente e impiden nuclear en él una auténtica actitud de fe.

El N. T. transmite el núcleo fundamental y primario de la fe, que es la salvación realizada por Jesús, salvación que tiene en Dios Padre su origen y meta, en Jesucristo su realización histórica y en el Espíritu su presencia experimentable y su fuerza operante. En este misterio de la autocomunicación de Dios a los hombres se en-

cuenta toda la fe cristiana, porque es el misterio original que penetra con su sentido las concreciones particulares de esta fe.

Sólo Dios Padre, Jesucristo y el Espíritu son propiamente objeto de nuestra fe, en la medida que esta fe es respuesta del hombre a la autocomunicación salvadora de Dios Padre en Jesucristo por la fuerza del Espíritu. Por el contrario, la iglesia o los sacramentos y los ministerios son únicamente, como señala Kasper, medios que significan o realizan la salvación y en cuanto tales no pueden ser el objeto de nuestra fe como lo es Dios, origen de toda la salvación. Lo mismo podemos afirmar de un conjunto de verdades tipológicas (las mariológicas, por ejemplo) que apuntan de un modo simbólico desde Cristo a modo de ejemplarización (3).

³ *Ibid.*, 122-27.

En definitiva, como hemos señalado al comienzo, existe una disfuncionalidad entre la enseñanza doctrinal de la Iglesia y la fe de los creyentes. Si aquella se perdió en los vericuetos de la abstracción, ésta se desperdigó en mil formas de piedad centradas en aspectos marginales del hecho cristiano.

Este fenómeno nos urge a buscar las claves que den y resalten la unidad de una fe que se esconde tras múltiples enunciados. Lo fundamental de la fe debe estar presente —implícita o explícitamente— en cada una de las partes de su contenido. La salvación que realiza por el misterio de la autocomunicación de Dios es lo que dinamiza cualquier contenido de la fe, que no puede ser entendido correctamente sino en relación con ese misterio fundamental.

2. *Disfuncionalidad Fe-Creencia ideológica*

Es evidente el peligro de ideologización que se cierne sobre el cristianismo como fenómeno social y que tiende a legitimar y justificar una serie de situaciones en beneficio de los grupos dominantes. De hecho, una interpretación deformada del mundo y de la existencia humana ha servido de fundamento a unas creencias religiosas, que, a su vez, han dado forma a unas estructuras eclesiales y sacramentales determinadas al servicio de intereses concretos.

Cuando el creyente se adhiere a una ideología que pone a Dios fuera del centro de su doctrina, su fe queda suplantada por una creencia ideológica. Esta creencia, que se acepta o se asume por herencia o por práctica prolongada, le exige al hombre únicamente una superficial adhesión semisentimental y a cambio le ofrece una serie de cómodas “soluciones” a sus problemas, sin necesidad de opciones y decisiones drásticas. La ideología le propone al hombre unas alternativas exteriores a sí mismo y le impide de este modo alcanzar su pro-

⁴ Este fenómeno lo he estudiado en: *El otro Jesús* (Salamanca, 1976), 44-62, y *¿Ha muerto Dios?* (Madrid, 1978), 15-21.

identificación y con ella la libertad interior; le habla de Dios a base de sistemas intelectuales que lo ocultan y disimulan.

La ideología religiosa elabora un sistema rígido de verdades sobre Dios y lo religioso, con formulaciones precisas y concretas que el hombre deberá aceptar de una manera tan ciega como irracional. Junto a esta perfecta trabazón del conjunto de las verdades de la fe hay otro signo de ideologización de la fe cristiana: su progresiva espiritualización e interiorización como consecuencia de la ausencia de sentido escatológico. Esto lleva consigo una pérdida del sentido de la historia y una reducción del horizonte humano a un desvalorizado "más acá" de un "más allá" meta de todos los esfuerzos. Este "más allá" es la compensación ilusoria que se ofrece a unos espíritus individualistas que carecen de sensibilidad social y dimensión histórica.

Si analizamos la fe de muchos cristianos podremos comprobar cómo ésta ha sido suplantada por una creencia ideológica: cristianismo como idea moral, ética social interiorizante, concepción del reino de Dios como realidad subjetiva y trascendente, debilitación de la dimensión escatológica, actitud individualista y de sumisión, etc.

Mientras la creencia ideológica no alcanza al ser total del hombre ni le exige una opción y adhesión personal, sino simplemente un tener por verosímiles una serie de realidades que en contrapartida le ofrecen cobijo y seguridad, la fe, por el contrario, agarra al hombre desde sus entrañas más íntimas, porque le obliga a bucear en la profundidad de su vida a fin de descubrir desde allí los significados de los acontecimientos y las cosas. En la creencia ideológica el hombre cree alcanzar la salvación adhiriéndose a realidades que le son exteriores: normas, leyes, dogmas, preceptos, etcétera. La fe, por el contrario, sumerge al hombre en la fuente de todo lo real a fin de que desde allí descubra el poder de Dios como la clave que da sentido a todas las cosas. La fe es tomar conciencia de ese poder, descubrirlo y aceptarlo en la vida como la única norma capaz de proporcionar sentido. Por la fe uno cree desde sí mismo; por la creencia ideológica uno cree desde fuera de sí mismo.

¿Favorece nuestra catequesis habitual unas opciones de fe o, por el contrario, unas creencias y adhesiones ideológicas? No hay duda que la catequesis y la predicación de la Iglesia han hecho el juego a semejantes enmascaramientos ideológicos. La comunidad creyente debe someter a un serio examen los contenidos de la catequesis a fin de determinar la realidad de las sospechas de ideologización y de expulsar de su seno las cristalizaciones ideológicas que impiden a los creyentes una fe auténtica.

3. *Disfuncionalidad Fe-Vida*

Al hablar de la disfuncionalidad Doctrina-Fe ya hemos hecho referencia al hecho de que actualmente la fe apenas incide en la vida del hombre, debido a que existe un abismo entre las afirmaciones de los contenidos de la fe y la experiencia cotidiana de la realidad. Vivimos en una cultura ambigua, como es la occidental de nuestros días, donde ante unos mismos valores las conductas son distintas según nos movemos en el ámbito de lo privado o en el dominio de la esfera pública. La mayor ambigüedad consiste en que afirmamos unas ideas concretas y luego mantenemos una conducta que guarda relación con esas ideas.

Este fenómeno se repite en la relación entre fe y vida. Los ejercicios de la fe y en muchos casos la vivencia de la fe no se corresponde con los problemas y experiencias reales de los hombres tal manera que la fe o no parece tener respuesta alguna a los problemas de la vida o únicamente ofrece una respuesta en las situaciones límites de la vida, allí donde las fuerzas y el conocimiento del hombre topan con el muro de lo imposible. Esta ruptura entre fe y vida ha sido narrada admirablemente por D. Bonhoeffer en un texto que, no por conocido, resulta menos sorprendente: "Los hombres religiosos hablan de Dios cuando el conocimiento humano (a veces por simple pereza mental) no da más de sí, o cuando fracasan las fuerzas humanas... Y yo quisiera hablar de Dios no en los momentos de debilidad, sino en el centro; no en los momentos de debilidad, sino en la fuerza; no, por tanto, con motivo de la muerte y del pecado, sino en la vida y en la plenitud del hombre. En los límites me parece mejor callar y dejar sin solución lo que es insoluble" (5).

⁵ D. BONHOEFFER: *Resistencia y sumisión* (Barcelona, 1969), 162, s.

El hombre creyente se siente vinculado a Dios e inmerso en el mundo y tanto la fe como sus contenidos deben ayudarlo a encontrar una relación correcta con ambos: con Dios y con el mundo. Contrario durante muchos siglos toda proclamación del mensaje cristiano: por una parte estaba este mensaje como un contenido abstracto. Para ello hay que superar el dualismo con que se ha venido considerando el contenido claramente determinado "a priori" y, por otra, la experiencia concreta de este hombre que vive en una cultura diferente a la que formuló aquel contenido, que se le impone como criterio incontestable.

En la base de este problema se encuentra el concepto de "Verdad" que como un presupuesto determina nuestra acción catequética. La consecuencia de una clara influencia platónica en la cultura occidental ha sido frecuente aceptar la verdad como una realidad connotaciones meramente intelectuales; es decir, la verdad se entiende en su aspecto formal como la posesión conceptual de

realidad por medio de una abstracción. No es infrecuente oír expresiones tales como “tener la verdad”, “poseer la verdad”, “defender la verdad”, “ser depositario de la verdad”, etc.

Por el contrario, cristianamente hablando, la verdad no es un enunciado, ni unos principios, ni una teoría o doctrina. La verdad no se enseña ni se acepta intelectualmente en un trasvase de abstracciones, sino que se hace y se vive, porque para ser verdad tiene que ser practicada.

En el A. T. se entiende por verdad (“emeth”) algo que puede ser medido y que, en cuanto tal, depende de otra cosa. Así, por ejemplo, la vid es “verdadera” no por ser vid, sino porque lleva fruto, y Dios es “verdadero” porque cumple lo que ha prometido. En el N. T. Jesús dice que él es la verdad y sus discípulos deben *hacer* la verdad; de este modo no mide la verdad según unas categorías ontológicas, sino que el metro de la verdad se encuentra en la realidad.

La tarea catequética de la iglesia ha estado determinada por un concepto abstracto de verdad: se “enseña” la religión o el catecismo en cuanto se transmiten conceptualmente unos contenidos. Pero, en realidad, la verdad como buena nueva no soporta la mera teoría y la pura abstracción.

El evangelio de Jesús ha de insertarse siempre nuevamente en la situación concreta del hombre, ya que la veracidad de su mensaje debe acrisolarse haciéndose verdad en la práctica. Es decir, del mismo modo que el evangelio es verdadero si se hace verdad en la práctica, si produce fruto aquí y ahora, así también la fe es verdadera cuando hace verdad la vida en un contexto histórico concreto.

II. DOS MODELOS DE CATEQUESIS: ANTROPOLOGICA-SOCIAL Y KERIGMATICA- SISTEMATICA

Frente a numerosos intentos de formular según un modelo único el contenido de la catequesis hemos de afirmar, a partir de la experiencia, que no existe tal posibilidad de uniformidad al transmitir el contenido de la catequesis. Es decir, la uniformidad rígida y monolítica del contenido del mensaje ha explotado en una diversidad de posibilidades, porque estos contenidos se conciben cada vez más en función de las necesidades concretas del grupo a catequizar. Por otra parte, el carácter procesual de la fe exige que sus contenidos se adecuen al nivel de la fe del grupo.

De acuerdo con lo anterior podríamos sintetizar la variedad de tenidos de la catequesis en función de un doble campo de acción de una doble vertiente de la catequesis: 1. Catequesis antropológica-social y 2. Catequesis kerigmática-sistemática.

1. *Catequesis antropológica-social*

Debido a ciertas reservas explicables en tiempos todavía recientes los catequistas han sentido un cierto retraimiento en aceptar la catequesis, en su sentido pleno, este modelo de iniciación y maduración en la fe. Se la ha venido denominando desde “precatequesis” hasta “catequesis ocasional”, fáciles denominaciones con las que ha intentado paliar la urgencia cada vez mayor de este tipo de catequesis.

La catequesis antropológica-social trata de dar una respuesta a los problemas planteados por la vida y el orden social, interrogándose por su sentido más profundo y tratando de descubrir sus posibilidades más reales a la luz de la fe.

La experiencia humano-social de la que se parte no es una mediación o mediación para acceder a un nivel de orden sobrenatural sino que debe ser profundizada a fin de descubrir en esa profundidad unos ecos tan genuinamente humanos que ahí *hay* palabra de Dios. En este respecto, no podemos menos de recordar las palabras de Paul Tillich al hablar de Dios: “El nombre de esa profundidad infinita de ese fundamento inagotable de todo ser es *Dios*. A esa profundidad se refiere la palabra *Dios*. Y si la palabra no tiene mucho significado para vosotros, traducidla y hablad de la gran profundidad de vuestra vida, del origen de vuestro ser, de lo que os preocupa totalmente lo que os tomáis en serio sin reserva alguna. Si esto hacéis, que habréis de olvidar algo de lo que habéis aprendido sobre Dios, que incluso la palabra misma. Pues si os habéis dado cuenta de que significa profundidad, ya sabéis mucho de El. No os podéis llamar ateos o incrédulos, pues no podéis ya pensar ni decir: “La vida no tiene sentido alguno”, “la vida es superficial”, “el ser mismo no tiene sentido”. Sólo si pudiérais decir esto con seriedad, seríais ateos si no, no lo sois. Quien sabe de la profundidad, sabe también de Dios” (6).

⁶ P. TILlich: *In der Tiefe ist die Wahrheit*, 64, s.

Así pues, el punto de partida de la catequesis debe ser aquello que el grupo vive, a fin de tomar conciencia de cómo se percibe la vida, cómo se asume y se integra en la propia vida y de descubrir cuál es la naturaleza del hombre que subyace en nuestro actuar. Se trata de ir descubriendo y madurando la plenitud de sentido de la propia vida, en cuya consecución se realiza la auténtica salvación.

De acuerdo con esto, el contenido de la catequesis antropológica-social se determina inductivamente a partir del mismo hombre insertado en su mundo social. Pero para precisar este contenido hay que estar atento a las más profundas y genuinas aspiraciones que se expresan y manifiestan de mil maneras en el colectivo humano: La aspiración *personal* de desarrollarse y promocionarse, la aspiración *social* de relacionarse y solidarizarse y la aspiración *liberadora* de emanciparse de toda limitación, opresión y esclavitud (7).

de este proceso
recomendar la obra
AVILA: *Elementos
una evangelización
lora* (Salamán-
'1), 63-5.

La catequesis antropológica-social debe ayudar a tomar conciencia de estas aspiraciones profundas, por una parte, y, por otra, de la situación real en que el catequizando vive y está sumergido, situación que contradice aquellas aspiraciones. La toma de conciencia del conflicto planteado entre la situación y la aspiración, entre la realidad y la utopía es fundamental para iniciar un proceso de conversión.

La catequesis debe ayudar a describir la propia situación a nivel personal, social y religioso, a fin de tomar conciencia de los bloqueos propios que están impidiendo un “arranque” en la propia vida. Frente a la realidad que es así y como tal aliena y esclaviza, está la aspiración que brota de lo más profundo del hombre como un grito de anhelo de liberación. Es el “¿qué debemos hacer?” (Lc 3, 10 y Act 2, 37) con que respondían los creyentes ante el anuncio de la buena nueva. En esta aspiración a la liberación, por medio de la cual el hombre se siente lanzado a su plena realización en un éxodo permanente, se encuentra Dios, “el-que-está-con-vosotros-ahí”. El es el que marcha delante en una constante llamada antiseudentaria y bajo esta perspectiva es “el que viene”, y también es el que da la orden de marcha, el que impulsa. “Dios se nos revela en la experiencia de nuestras aspiraciones a la libertad” (8). La primera respuesta del hombre a la liberación es ya una respuesta de fe a la llamada de Dios.

Las posibilidades concretas de toma de conciencia de la *situación* y de concientización de la *aspiración* son muy variadas y dan la posibilidad de diversos contenidos. A título de ejemplo exponemos las grandes líneas y los títulos generales, sin pormenorizar, de un tipo de catequesis antropológica-social que ha seguido una comunidad cristiana:

BLOQUE I: LA EXPERIENCIA DE LA VIDA

TEMA 1: *La experiencia inmediata de la vida.* (Las búsquedas inmediatas de la vida —goce, felicidad—; el poseer y el acumular; la seguridad; la comodidad; la agresividad y

competencia; la insatisfacción colmada con pequeñas satisfacciones.)

- TEMA 2: *El problema de la vida: el instinto de la vida y la muerte.* (El deseo de absoluto y perennidad; las barreras y muertes en la vida —fracaso, dolor, frustración...—; el sinsentido de la vida; la muerte como realidad que trasciende la vida.)
- TEMA 3: *El sentido de la vida.* (El descubrimiento de la propia identidad; sentido cristiano de la vida: la vida como dualismos: alma-cuerpo, esta vida-la otra vida, más allá; la interpretación cristiana de la muerte y la vida.)

BLOQUE II: EL HOMBRE

- TEMA 4: *El hombre como ser terreno.* (Condición terrena del hombre y su aceptación de la corporeidad: hombre-varón-hembra (sexuado); la experiencia de uno mismo (autosatisfacción, frustración, tensión) y la imagen de nosotros mismos (el narcisismo).)
- TEMA 5: *El hombre como ser histórico.* (La asunción e integración del pasado: la conversión; la inserción en el presente; sensibilidad ante la realidad y la huida de la realidad (sentimiento y colaboracionismo); la proyección hacia el futuro: el futuro como dimensión liberadora y espacio de la promesa; tradición y evolución.)

BLOQUE III: LA SOCIEDAD HUMANA O EL HOMBRE EN LA CIUDAD

- TEMA 6: *La injusticia y las desigualdades en el mundo.* (Grandes problemas mundiales: guerra, racismo, hambre, represiones, etc.; la explotación del hombre por el hombre; temas económicos de producción; la buena nueva se aplica a los pobres.)
- TEMA 7: *Las ideologías como enmascaramiento de las relaciones sociales.* (Diversas ideologías; crítica de la funcionalidad ideológica del cristianismo; la crítica de la ideología como momento interior de la fe.)

TEMA 8: *El nosotros social*. (Formas del encuentro interpersonal: compañerismo, amistad, amor; la pareja amorosa y la familia, el grupo profesional; las generaciones y el conflicto de generaciones.)

BLOQUE IV: EL ACTUAR SOCIAL

TEMA 9: *Sentido creador del trabajo*. (Análisis de la aportación personal al proceso productor; el amor como acto emancipador; las masas humanas: mi prójimo.)

TEMA 10: *Necesidad de la opción*. (Imposibilidad de la neutralidad; la solidaridad con los pobres y oprimidos.)

TEMA 11: *Fe y praxis política*. (Evangelio y liberación del hombre; la mediación política del lenguaje cristiano; la iglesia, comunidad profética.)

2. *Catequesis kerigmática-sistemática*

Este modelo de catequesis comunica la experiencia de fe que la comunidad eclesial ha ido acumulando a lo largo de los tiempos a partir de la memoria de Jesús. Aunque no prescinde de la experiencia humana del catequizando, esta experiencia no interesa en sí misma y por sí misma, sino como “mediación de lenguaje”; en consecuencia, esta catequesis no está urgida directamente por las necesidades del orden social, de la acción o de la búsqueda de significaciones para el hombre, aunque no las excluya. El orden se invierte, porque aquí es el misterio salvador lo que se constituye en el objeto de la catequesis, a fin de que el hombre descubra ahí el proyecto del plan de Dios con respecto a la plena realización humana. La experiencia humana es puerta de acceso para descubrir las significaciones del hecho salvador.

Páginas atrás hemos señalado ya el difícil problema con que se encuentra hoy esta catequesis: la dispersión y proliferación del contenido de la fe cristiana ha tomado tales dimensiones, que al final *los árboles no dejan ver el bosque*. Un buen número de años de esforzada renovación catequética en nuestro país no han aminorado un sin fin de estériles exageraciones en el culto de María o de los santos o una excesiva preocupación por aspectos marginales o secundarios de la fe: infalibilidad del Papa, normativa sobre el ministerio sacerdotal o curiosidades sobre la “otra vida”.

¿Por qué ocurre realmente esto? Porque la catequesis ha devenido teología; la opción personal de la fe, ortodoxia objetiva; la síntesis de la fe, catálogo indiscriminado.

Hay que retornar a unos contenidos de la fe que sean principios vertebradores de una vida con sentido, a un movimiento de concentración donde ese contenido sea recogido de su actual dispersión; recopilado no en unas fórmulas abstractas y doctrinarias, sino en unas confesiones de fe que recojan y sean el eco de la fe de los creyentes.

No es objeto de este artículo una exposición detallada de los contenidos principales de la fe, trabajo que he desarrollado en otros escritos, pero sí es mi intención enunciar cuáles deben ser los principios de concentración de todo el contenido de la catequesis (9):

⁹ Estos principios se encuentran ampliamente desarrollados en: B. GROM-J. R. GUERRERO: *El anuncio del Dios cristiano*, Edic. Secretariado Trinitario (Salamanca, 1979), 57-106.

1.º La fuente primaria y la perspectiva normativa de toda catequesis debe ser el nuevo testamento, porque testifica el origen histórico-salvífico de nuestra fe, contiene en las palabras y en las actitudes de Jesús el punto de partida total y anterior a toda explicación de aspectos parciales y sus escritos son en sí mismos catequesis en un contacto inmediato con la dinámica de la revelación.

2.º Lo primario en el contenido del mensaje cristiano es *la salvación*, que tiene su origen en Dios Padre, fue anunciada y realizada por Jesús y se hace hoy presencia experimentable por el Espíritu Santo.

3.º El acontecimiento cristiano de la salvación se centra en *autocomunicación de Dios a la humanidad*. Por esta autocomunicación el hombre debe sentir enriquecida la conciencia existente de su fe y de su salvación concreta, porque:

- 1) que Dios es Padre significa para el creyente:
 - participación en una plenitud inagotable,
 - salvación, que es asociación de unas aspiraciones de nuevas relaciones con Dios y con los hombres,
 - y agradecimiento por la recepción de un don no merecido que hay que recibirlo con humildad y esperanza;
- 2) que Jesucristo es el hijo de Dios, nuestro Señor, hace tomar conciencia de:
 - que el don salvador de Dios es una realidad insoslayable, que simultáneamente arrastra y obliga a tomar partido,
 - que la autocomunicación de Dios revelada en Jesús plenifica

humana y cósmicamente nuestra humanidad, abarcando la corporeidad, la humanidad y el mundo,

- que la reconciliación realizada por Cristo tiene que conformarnos con él y con su actitud: entrega al Padre y disponibilidad para los hermanos;
- 3) que el Pneuma es el amor de Dios “derramado en nuestros corazones” (Rom 5, 5) y la presencia experimentable del acontecimiento de la salvación significa:
- que la salvación es una realidad ya presente en lo más íntimo de nuestro ser,
 - que la cercanía íntima de Dios en Cristo por el Espíritu origina en nosotros empuje, cambio, desarrollo, crecimiento,
 - que estamos llamados por Dios a una aceptación de la salvación que es apertura y entrega radical, por encima de todas, las fuerzas humano-naturales.

4.º La tarea principal y la necesidad fundamental de la catequesis es presentar y hacer consciente al hombre que la situación salvadora concreta en que se encuentra es, en definitiva, una autocomunicación del Padre realizada por Cristo en el Espíritu.

5.º Este acontecimiento de la autocomunicación de Dios es el misterio fundamental y originario que tiene que estar presente en todos los ámbitos de la fe ya se hable de Jesús, de la iglesia, de los sacramentos o de los principios éticos. De este modo se centra lo particular en el núcleo esencial de la fe y se defiende de parcialismos la formación de la fe.

6.º En los contenidos de la catequesis hay que esforzarse por establecer de modo íntimo y convincente la unión entre el polo del misterio de la autocomunicación de Dios y el de los diversos sectores de la fe, de tal manera que lo particular y lo concreto se relacione fácilmente con este misterio y, a la inversa, a la autocomunicación de Dios se le vea presente y concretada en lo particular.

A modo de conclusión, hemos de afirmarnos en la convicción que el objeto principal de la fe, según la fórmula más antigua del Símbolo Apostólico es Dios Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo: *Credo in Deo Patre, et in Christo Iesu, et in Spritu Sancto*. Se cree en Dios Padre y en Jesucristo y en el Espíritu. Por el contrario, se cree a la Iglesia (“sanctam Ecclesiam”). “La iglesia y todo lo que va dado con ella, sacramentos y ministerios, son, por consiguiente, creídos de un modo distinto del que lo es Dios, que realiza nuestra salvación en Jesucristo por el Espíritu Santo. Sólo a él se refiere

la fe de un modo inmediato; él constituye su contenido auténtico propio" (10).

El creyente cristiano confiesa con su fe a Dios que está por encima de él y es Padre; está junto a él históricamente y en los muchos hermanos dolientes y es Jesucristo; está en él y es Espíritu. Este es el misterio de la existencia humana y debe constituirse como contenido fundamental de la catequesis.

“El objeto de la fe es por naturaleza complejo, es decir: Dios en su misterio y su intervención salvífica en la historia, y esto lo sabemos por lo que el mismo Dios ha revelado de sí y de sus obras.

Cristo es el centro principal, tanto en lo relativo a la intervención de Dios en la historia como en la manifestación de sí mismo a los hombres.

Por lo dicho, el objeto de la catequesis son el misterio de Dios y sus obras, es decir: las obras que Dios hizo, hace y hará por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Todas estas cosas guardan entre sí una vital coherencia y constituyen la economía de la salvación.

Una catequesis que descuide esta organicidad y armonía del contenido se haría incapaz de lograr la finalidad que persigue.”

(Directorio Catequístico General, n. 39.)